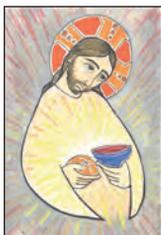




VENID A ADORARLE

FEBRERO 2018



Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Me invocaré y lo escucharé,
lo defenderé, lo glorificaré,
lo saciaré de largos días,
y le haré ver mi salvación.*

*Tú que habitas al amparo del Altísimo,
di al Señor: "Dios mío, confío en Ti".*

*El Señor ha dado órdenes a sus ángeles,
para que te guarden en tus caminos.*

*Contempladlo y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.*

*Oh Dios, crea en mí un corazón puro.
Renuévame por dentro con espíritu firme.*

*Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia.*

*Por la sangre de Cristo hemos recibido la bendición,
el perdón de los pecados.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Marcos

Mc 9, 2-10

Seis días más tarde Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

3. Oración en silencio

4. Canto

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.

El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. (2)

El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. (2)

No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.

El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
Él guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre.

El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. (2)

El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. (2)

5. Lectura de un texto del Magisterio del Papa Benedicto XVI

Spe salvi, 32-33

Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme – cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo. De sus trece años de prisión, nueve de los cuales en aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: Oraciones de esperanza. Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad. (...)

En efecto, sólo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe libe-

rarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también. « ¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta », ruega el salmista (19[18],13). No reconocer la culpa, la ilusión de inocencia, no me justifica ni me salva, porque la ofuscación de la conciencia, la incapacidad de reconocer en mí el mal en cuanto tal, es culpa mía. Si Dios no existe, entonces quizás tengo que refugiarme en estas mentiras, porque no hay nadie que pueda perdonarme, nadie que sea el verdadero criterio. En cambio, el encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo.

6. Oración en silencio

7. Preces

Demos siempre gracias a Cristo, nuestra cabeza y nuestro maestro, que vino a servir y a hacer el bien a todos, y digámosle humilde y confiadamente:

Atiende, Señor, a tu Iglesia

- Asiste, Señor, a los obispos y presbíteros de la Iglesia, y haz que cumplan bien su misión de ser instrumentos tuyos, cabeza y pastor de la Iglesia, para que por medio de ti conduzcan a todos los hombres al Padre
- Que tus ángeles sean compañeros de camino de los que están de viaje, para que se vean libres de todo peligro de cuerpo y alma
- Enseñanos, Señor, a servir a todos los hombres, imitándote a ti, que viniste a servir y no a ser servido
- Haz que en toda comunidad humana reine un espíritu fraternal, para que estando tú en medio de ella, sea como una plaza fuerte
- Sé misericordioso, Señor, con todos los difuntos, y admítelos a contemplar la luz de tu rostro

Padre nuestro

Oh Cristo, tú eres el origen y el autor del amor puro,
te pedimos que nos concedas la abundancia de tu paz
durante nuestras prácticas cuaresmales,
de manera que te agrademos por el ayuno
y deseemos poder estar unidos a ti.
Porque tú eres nuestra paz,
caridad indivisible;
que vives y todo lo gobiernas
por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado inciensa al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cerca de ti Señor quiero morar,
tu grande y tierno amor quiero gozar.
Llena mi pobre ser, limpia mi corazón;
hazme tu rostro ver en la aflicción (bis).

Pasos inciertos doy, el sol se va;
mas, si contigo estoy, no temo ya.
Himnos de gratitud ferviente cantaré
y fiel a Ti, Jesús, siempre seré (bis).

Día feliz veré creyendo en Ti,
en que yo habitaré cerca de Ti.
Mi voz alabará tu santo nombre allí
y mi alma gozará cerca de Ti (bis)

9. Oración

Oremos.

Que los sacramentos
con los que te has dignado restaurarnos, Señor,
llenen de la dulzura de tu amor nuestros corazones
y nos impulsen a desear las riquezas inefables de tu reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Caminaré en presencia del Señor. (2)